



—Ahora voy a trabajar en una película sobre la batalla de Lepanto, pero sólo en la doble versión para el extranjero.

# DEFENSA DE LA CENSURA



**"Y, con respecto a nuestra moralidad —según nuestro cine y nuestro teatro—, ningún español es capaz de la menor aventura sin pasarse previamente por la vicaría." En la imagen, una escena de "Las melancólicas".**

**L**EO con cierta frecuencia insistentes protestas contra las mutilaciones de la censura en nuestras producciones teatrales y cinematográficas, y, desde mi punto de vista, no estoy de acuerdo con los protestantes y salgo en defensa de nuestros paternales censores.

¿Qué razón guía a estos rectos varones a evitar el que los españoles saquemos los pies del plato y a procurar que nuestro teatro y nuestro cine sea el más decente y el más angelical del mundo?... Sencillamente, la razón de que desean que los españoles seamos unos santos y el día de mañana, que ojalá tarde lo suyo, podamos entrar en el Cielo mientras los ciudadanos de los demás países se retuercen chirriantes entre las llamas del ignipotente Infierno. ¿No es esto loable? ¿No merecen nuestro reconocimiento? ¿No deberíamos dar un beso a estos señores cada vez que los encontramos en la calle?

En el teatro o en el cine, un ministro, un militar, un magistrado, un clérigo o hasta un simple ciudadano puede ser un monstruo y comerse a sus semejantes a condición de que sea de Perpignan, de Nápoles o de Chio, pero sus colegas españoles siempre serán, en nuestras historias, más buenos que el pan con algo. Y con respecto a nuestra moralidad —según nuestro cine y nuestro teatro—, ningún español es capaz de la menor aventura sin pasarse previamente por la vicaría. ¿No es esto hermoso y saludable?

Hubo una época en la que el celo y el recato de nuestros censores llegó a tal altruismo que a las «parejas» de las películas extranjeras se las casaba como Dios manda, pero desgraciadamente esta costumbre desapareció y es de lamentar, pues a uno le hubiera gustado ver casados a Margarita y Armando, a los amantes de Teruel y hasta a Tip y Coll.

¿Y qué decir de ese descoco que ahora se tolera a las actrices francesas, italianas y hasta americanas que se pasan en todas las películas entrando y saliendo de la cama como si padecieran fiebres intermitentes?...

Lo lamentable es que esta misma preocupación no exista también para otras actividades de nuestra vida, porque así como existe una censura para que no seamos malos debiera existir otra para que no fuéramos pobres, o no fuéramos feos y hasta no fuéramos bajitos, porque siendo solamente bueno no se llega demasiado lejos, y aunque lo del Cielo es muy importante, tampoco estaría de más pasarlo un poco regular aquí, en este desvergonzado mundo.

Por eso, si esos mismos censores, al tiempo que no nos dejan caer en la tentación nos libran del mal y nos pasaran una pensioncita a los desheredados de la fortuna, redondearían su obra y no tendríamos necesidad, en casos de desesperación, de vender nuestra alma al diablo.

Yo recuerdo que, cuando era jovencito, mi buena madre, ante mi poca afición al agua, de no ser para beberla, intentaba por todos los medios llevarme por los caminos del aseo; y la razón más convincente que encontraba para aficionarme era la de que me lavara pulcramente por si en la calle me sucedía alguna desgracia. Y es que en su imaginación limpia y sin pecado no entraba la posibilidad de que yo tuviera necesidad de desvestirme como no fuera por haber sido atropellado por un tranvía.

¡Dichosos los censores, que tampoco tienen necesidad de lavarse y que, muy merecidamente, subirán al Cielo, aunque sea hechos un asco!...